

El partido demócrata cristiano italiano: ideario y proyección

Pasquale Sofia*

Resumen

La presente investigación, de carácter histórico-político, tiene la finalidad de evidenciar el nacimiento y la evolución del partido de la “Democracia Cristiana” en Italia, por medio del pensamiento y la acción de dos de sus principales representantes, Romolo Murri y Luigi Sturzo. La doctrina y los ideales demócrata cristianos, bien anclados en la doctrina cristiana, tienen sus raíces en el siglo XVIII, si bien en Italia se difundieron en la segunda mitad del siglo XIX, cuando varios intelectuales católicos tomaron conciencia de la necesidad del empeño católico en la política, como extensión de los asuntos sociales. Los pioneros de la “ideología” demócratacristiana, colocaron las bases de un pensamiento político con carácter marcadamente original, autónomo y propositivo, que aún hoy está presente en partidos políticos, en movimientos y en organizaciones de más de 50 países del mundo.

Palabras clave: Democracia cristiana, liberalismo, socialismo, doctrina social de la Iglesia.

* Doctor en Filosofía, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, Italia. Profesor Titular Universidad Dr. Rafael Belloso Chacín (URBE). Profesor de Planta de la Unidad de Investigación del Instituto Zuliano de Estudios Políticos Económicos y Sociales (IZEPES), Profesor invitado en el Postgrado Universidad del Zulia y en la Universidad Rafael Urdaneta. pasquale.sofia@urbe.edu.

The Italian Christian Democratic Party: Ideology and Projection

Abstract

This research, of a historical and political nature, intends to show the birth and evolution of the “Christian Democracy” Party in Italy, through the thought and action of two of its leading figures, Romolo Murri and Luigi Sturzo. Christian Democratic doctrine and ideals, firmly anchored in Christian doctrine, has its roots in the eighteenth century, while in Italy, they were spread in the second half of the nineteenth century, when several Catholic intellectuals realized the need for Catholic effort in politics as an extension of social affairs. The pioneers of Christian democrat ideology laid the foundations for political thought of a markedly original, independent and proactive nature, which even today is present in political parties, movements and organizations in over 50 countries worldwide.

Keywords: Christian democracy, liberalism, socialism, social doctrine of the Church.

Introducción

El siglo XIX ha sido caracterizado por eventos importantes en la vida política y social de los Estados nacionales europeos. Entre los acontecimientos más relevantes, debemos anotar la caída del poder temporal de los Papas, luego de más de un milenio de historia ininterrumpida, comenzada en el año 728 d.C. con la donación de Sutri, realizada por el rey Lombardo Liutprando, y terminada el 20 de septiembre de 1870 con la invasión del ejército italiano. Tal declive del Estado Pontificio, coincide con la historia del ascenso del naciente Reino de Italia, el cual, bajo el impulso del pequeño Reino Sabauda, reunificó el dividido territorio italiano en un único Estado nacional en 1861. Luego de este evento clamoroso, la Iglesia iría así redescubriendo su función social y cultural, según un ideal solidario inspirado en la Iglesia de origen, más que en una idea cesaropapista medioeval, orientada a expandir el poderío político, la riqueza y los confines.

Así que, el cuerpo de principios de moral social cristiana que a partir de León XIII vinieron promulgados por los pontífices romanos a los católicos, fue comúnmente reconocido como enseñanza o doctrina social de

la Iglesia. Un magisterio que tiene sus fuentes en el Evangelio y el desarrollo del pensamiento en los padres y doctores de la Iglesia, en especial, en el filósofo santo Tomás de Aquino. Esta suma doctrinaria se transformó en el tiempo, en un punto de referencia para los católicos, quienes comenzaron a actuar en el campo social y político entre la última década del Ochocientos y todo el siglo XIX, hasta la actualidad.

Los católicos italianos y la encíclica *Rerum Novarum*

A partir de la segunda mitad del siglo XIX los italianos se empeñaron, al igual que los intelectuales y políticos católicos franceses y alemanes, en la elaboración de ideas para desarrollar una política social de principios y orientación cristiana. Europa en este siglo se caracteriza por el ascenso y consolidación del capitalismo industrial, si bien con notables diferencias entre un país y otro y, contemporáneamente, por el surgimiento de la consiguiente “cuestión obrera”. Con la crisis de las estructuras preindustriales, se formó una enorme masa de pobres y desempleados provenientes de las áreas rurales hacia las ciudades industriales en búsqueda de trabajo y mejores condiciones de vida; así, la gran necesidad de mano de obra en la industria en expansión, generó un nuevo sujeto social y político, el “obrero asalariado” y una nueva problemática: la “cuestión obrera”, que condicionará y centralizará gran parte de la historia de los siglos Ochocientos y Novecientos. Como bien afirma el historiador Villari, “el cambio que realizarían los países que siguieron la vía de la industrialización sería tan radical, que conllevaría a un profundo cambio de la estructura de la sociedad y al desarrollo de nuevas, apropiadas ideas socio-políticas y económicas frente al nuevo contexto” (Villari, 1978: 8).

En tal sentido, el macrocosmos católico italiano no quedó indiferente al sufrimiento y a las reivindicaciones de los trabajadores de la península. Si el decreto *Non expedit*¹ había prohibido la participación en la política, después de veinte años la encíclica *Rerum novarum*, al contrario, absolviendo el mando originario de Cristo de preocuparse de los pobres, invitaba a la clase popular y a la burguesía moderada y filocatólica, a ocu-

1 El *Non expedit*, “No es oportuno”, fue promulgado por Pio IX en 1874, como respuesta a la invasión de Roma por parte del ejército italiano.

parse de la “cosa pública”, a intervenir en la vida social y en el mundo del trabajo para transformarlo, por medio de la promoción de concretas “obras católicas”. Así, bajo el impulso de esta encíclica, comenzaron a surgir actividades y organizaciones que se diseminaron en todo el país, en disputa y competitividad con aquellas socialistas ya presentes y bien consolidadas.

Con la aparición de la *Rerum novarum* en el terreno de la lucha social, casi todo en mano del propagandismo socialista, se quería demostrar a los radicales socialistas, que existía una manera diferente, no violenta, de resolver los conflictos sociales del trabajo y de la política. Que no era necesario revolucionar todo el sistema por medio de la intimidación o del crimen, sino al contrario, era posible modificarlo por etapas, por medio de reformas y del diálogo entre las diferentes clases sociales, entre los capitalistas y los obreros. Todo esto, sin engendrar odio entre ellos, involucrando más la presencia del Estado como regulador y promotor del bien común así como del equilibrio social.

De tal manera que, el escenario político se amplió, no sólo a nivel del debate político nacional italiano, sino también a nivel de doctrina. En efecto, las dos teorías dominantes, la liberal y la socialista, se han debido confrontar con la nueva filosofía social cristiana, la cual proponía una visión nueva y conciliatoria entre las dos diferentes doctrinas sociales y económicas. En el campo político, los movimientos tradicionales, sobre todo de origen socialista, colisionaron con las fuerzas católicas muy bien organizadas y territorialmente ramificadas por medio de las estructuras parroquiales.

La posición de los católicos en toda Europa, en aquellos años, no era ciertamente fácil, pero era aún más compleja para los católicos italianos, porque por un lado debían defenderse de los ataques de sus antagonistas políticos y por otro usar mucha prudencia en la relación con la jerarquía vaticana y con la ortodoxia de la doctrina en su uso político. La Santa Sede, por su parte, se encontró en una posición compleja porque al mismo tiempo tuvo que enfrentar y gestionar diplomáticamente, la rigidez y el laicismo radical del Estado italiano, para proteger su independencia y autonomía.

A nivel más general, en el plan doctrinario y político, tuvo que enfrentarse al liberalismo, al socialismo y al comunismo. En las doctrinas liberales dominaba el principio de la libertad en todas sus manifestaciones

sociales, culturales y morales y, sobre todo, en la promoción de la libertad de culto, que había determinado la afirmación de las filosofías racionalistas, agnósticas y naturales. De cara a las socialistas, debía hacer frente al ataque contra la propiedad privada, mientras veía en la doctrina comunista una amenaza a la religión, a la familia y a la educación; además de la abolición de las jerarquías sociales y la consecuente dictadura del proletariado.

En tanto, los intelectuales y masa católica advertían el peso de la exclusión de la competencia política y el peligro de la afirmación en el marco del escenario que se desarrollaba, de la hegemonía cultural de las doctrinas mencionadas, lo cual hubiese podido significar en el tiempo la decadencia del mensaje social del cristianismo. En efecto, muchos de los intelectuales católicos alertaron a su público del peligro de la exclusión: los sacerdotes, con sermones en las iglesias, otros profesionales en los círculos sociales, en escuelas y universidades; se activaron revistas y periódicos diocesanos los cuales tenían amplia difusión; se produjeron ensayos, estudios científicos y textos literarios; el todo dirigido a estimularla participación en las actividades sociales y políticas, para construir una nueva civilización humana fundamentada en la solidaridad cristiana y en los valores espirituales y sociales de la persona humana.

Así, bajo la visión clarividente de León XIII en su encíclica *Rerum novarum*, el vasto y articulado mundo católico encontró, luego de mucho tiempo y divisiones, una cierta coherencia y una unidad de teoría y posibilidad de acción. Esta encíclica se impuso como el punto de referencia moral y doctrinario de los católicos, dando inicio real al compromiso social y político del “pueblo de Dios” peregrino y misionero.

Romolo Murri: el romántico del ideario demócrata cristiano italiano

Las ideas propuestas por el catolicismo liberal francés, a través de las obras del Abad Félicité Robert de Lamennais, se difundieron entre los católicos italianos, quienes veían en la adhesión a las ideas liberales y en la constitución de un régimen político liberal, la posibilidad de recrear condiciones para un renacer de la originaria religiosidad.

Entre los pioneros del pensamiento político cristiano-italiano, se destacó el sacerdote Romolo Murri (1870-1944), quien fundó el movi-

miento de la democracia cristiana. Representante de un cristianismo definido como quijotesco, Murri fue muy polémico sobre todo con relación a las posiciones estancas y privilegiadas de la Iglesia romana de aquel periodo y contra la misma jerarquía eclesiástica temerosa ante visiones de vanguardia en el conflictivo panorama socio político de finales del Ocho-cientos y principios del Novecientos. Por demás, lanzaba una crítica constante a la rigidez del pensamiento católico tradicionalista, promoviendo una cultura cristiana renovada, generadora de una nueva socialidad y una espiritualidad más alineada con la vida del Redentor, hallando puntos de contacto con las demás doctrinas para crear una nueva dialéctica, dialógica y no opositora, sobre la base de lo que “los une” y no de lo que “los divide”. “De allí su tarea y desafío intelectual para buscar enlaces entre la idea de democracia y el cristianismo, así como entre la Doctrina social cristiana y el socialismo” (Bedeschi, 1966: 423-428).

Así mismo, el encuentro doctrinario con el cardenal jesuita Luis Billot en la Universidad Gregoriana de Roma, y con el filósofo socialista Antonio Labriola, condujo a Murri a abrirse intelectualmente a las corrientes de la cultura del tiempo. Tal hecho lo estimuló a reflexionar sobre la posibilidad de conjugar la doctrina católica con la ideología socialista, que en términos teóricos, significaba conjugar la filosofía tomista con el materialismo histórico.

En este orden de ideas, como su credo religioso y la formación sacerdotal le imponía, Murri se esfuerza intelectualmente y con acciones concretas, para lograr un punto de encuentro, de dialogo constructivo entre los diferentes componentes político-sociales. Tal acercamiento, según él, se produciría por medio de una renovación de la cultura humana vigente, edificada, hegelianamente hablando, sobre los contrastes, sobre la lucha, con la finalidad de crear espacios donde se pudiesen debatir las diversas posiciones ideales, sin odio ni resentimiento, más bien con actitud fraternal, así como enseñaba el Evangelio. Tal proyecto Murri lo materializaría a través de la creación de revistas y periódicos, de asociaciones y movimientos, hasta llegar a constituir un movimiento-partido llamado “Democracia Cristiana”. Este movimiento fue reconocido por el papa León XIII con la encíclica *Graves de communi* (1901), pero sin darle aún una calificación propiamente política.

Pocos años después, el movimiento fue suprimido por el papa Pio X con el decreto *Lamentabili* (1907), al cual siguió en el mismo año la encíclica *Pascendi*. Ambas se expresaron firmemente contra el fenómeno del

Modernismo y tuvieron como consecuencia concreta el cierre de la *Opera de los Congresos* (Opera dei Congressi)², incluso por la cercanía del director de la organización, Giovanni Grisoli, al ideario murriano; además, fueron redimensionados y hasta clausurados, movimientos y organizaciones políticas aparentemente influenciados por ideas modernistas o cercanas al socialismo, para retomar un control más directo de la doctrina y de las organizaciones por parte del Vaticano.

Murri, llamado también “el cura rebelde” por sus posiciones no aliadas con la jerarquía eclesiástica y siendo fiel a su apelativo, no acepta las condiciones impuestas por la Iglesia, interpretándolas como exceso de prudencia; tampoco está de acuerdo con la supresión de las actividades que tanto habían hecho avanzar y proliferar la “ideología cristiana” dentro de los diferentes estratos de la sociedad. Por lo tanto, como respuesta a tal injerencia por parte de la Iglesia, funda la Liga Democrática Nacional (Lega Democratica Nazionale), por causa de la cual recibirá la pena canónica de suspensión *a Divinis* en 1907, es decir la prohibición de administrar los sacramentos.

Igualmente, en el plano doctrinario Murri estaba convencido de que existía la posibilidad concreta de un punto de encuentro entre doctrinas antagónicas, como lo eran socialismo y catolicismo, y que lograr esta coincidencia hubiese equilibrado la contienda política y estabilizaría la sociedad; al mismo tiempo hubiese constituido una ruta nueva en el panorama estático de la disputa político social. Por esta razón, él nunca dejaba de intentar la vía del acercamiento y de tejer bases para el dialogo, apoyándose sobre los puntos en común entre las dos doctrinas.

Las actividades de Murri fueron inicialmente culturales y luego de acción política. Su mensaje era principalmente directo a responsabilizar al clero con respecto a su misión originaria y dirigirla Iglesia hacia una nueva acción en el mundo; como consecuencia, convencer al laicado ca-

2 La *Opera dei Congressi* nació en Venecia por la *Società della Gioventù Cattolica*, con la finalidad de coordinar la acción social de los católicos. La Opera expandirá a tal punto de concentrar casi todas las iniciativas económicas y sociales, logrando entre otros reunir casi 2500 instituciones de varios géneros, entre las cuales 835 cajas rurales, 69 bancos, 774 sociedad obreras, 21 secretariados del pueblo, 43 uniones agrícolas, 107 cooperativas de consumos, 170 uniones profesionales.

tólico en asumir la responsabilidad de la auténtica misión cristiana. En segundo lugar, deseaba transformar sus ideas en ideología política, para encausar en una identidad de partido a las fuerzas católicas, estimulándolas a encontrar una unión de pensamiento y de orientación común. Ello ayudaría a hacer frente a las divisiones internas entre conservadores y progresistas, entre localismo y cultura unitaria nacional, para oponerse, más orgánicamente, a los movimientos laicistas y estatalistas consolidados ya desde años en el panorama político italiano e internacional. Este propósito condujo a dar vida al movimiento de la Democracia Cristiana en 1901, que, como espíritu y línea general, proponía: “Integrar el programa de la acción pública con prácticas y sólidas propuestas con disposiciones para las otras formas de crisis social, agraria, industrial, literaria, moral, que apenan el país, e integrar a la acción con iniciativas dirigidas a actuar según las disposiciones. (...) Tentamos de superar los intereses, las tradiciones, las maneras locales, para rendirnos una posible cultura, una literatura de partido, una sintonía nacional. Además, sobre todo, tentamos de liberarnos de este fatal espíritu burgués o aristocrático conservador que esteriliza el trabajo de los católicos en las naciones latinas y que es también hoy en día el más grave obstáculo en nuestros libres movimientos del campo político: multipliquemos los congresos de estudio, las publicaciones, las conferencias, todo aquel que sirva a favorecer el compromiso común y encontrar la *media vía* entre el espíritu democrático impetuoso de algunos y la reproblable lentitud y contraposición de los demás” (Bedeschi, 1966: 421-422).

El gran activismo de Murri, ya lo había conducido a ser uno de los promotores de la Federación Universitaria Católica Italiana (FUCI, 1894) y de la Liga nacional italiana (Lega nazionale italiana, 1905); al mismo tiempo también activista y cofundador de las revistas *Vita nova* (1895), *Cultura sociale* (1898), *Il domani d'Italia* (1901), *Rivista di cultura* (1906), *Ilcommento* (1910). Si bien el movimiento murriano de la Democracia Cristiana tuvo breve vida, sus ideas se verán reflejadas en posteriores líderes, perdurando así en el tiempo.

El realismo político de Luigi Sturzo

La herencia ideal de Murri, será acogida por Don Luigi Sturzo (1871-1959), destacado sacerdote y fundador del Partido Popular Italiano (Partito Popolare Italiano). Gran organizador político y social, antes

de dar vida al mencionado partido, Don Sturzo fundó en la ciudad siciliana de Caltagirone, su ciudad natal, una caja rural y una cooperativa, además del periódico “La croce di Costantino” en 1897, hecho que atrajo las molestias de los liberales y masones de la Sicilia de aquel tiempo. Conocedor de los problemas de la Italia del Sur, mucho se prodigó para sensibilizar a las masas católicas, pequeños fabricantes y agrarios, respecto a los desafíos que provenían de las grandes fábricas y de la competencia internacional. Sólido y entusiasta de masas, Sturzo llevó unidos a los católicos a las elecciones administrativas en su ciudad en 1902. En 1905, fue nombrado Consejero provincial en la Provincia de Catania y en el mismo año, vice alcalde de Caltagirone.

Entre otros encargos importantes obtuvo el nombramiento como Secretario General, de la Junta Central de la Acción Católica Italiana, en 1905. Luego de esta amplia trayectoria política, en el año 1919 funda el Partido Popular, uniendo a los católicos por primera vez en la historia italiana en una identidad no solo espiritual, sino también política y de acción. Empresa muy compleja vista la enorme oposición de facciones católicas, entre democráticos y no democráticos, corrientes filo-eclesiásticas, entre progresistas y conservadores, cofradías y sindicatos, entre otras, que competían por sobresalir en el amplio y variado “mundo católico”, lo que en la misma reflexión de Sturzo, justifica la prudencia y la incómoda posición de la Santa Sede en la formación de un partido católico en Italia (De Rosa, 1992: 20). El 18 de enero anuncia, desde el Hotel Santa Clara en Roma, la famosa “Proclama a los Libres y Fuertes”, carta programática del joven partido, dirigido no solamente a los católicos, sino a todos los hombres de buena voluntad.

Así las cosas, el partido Popular nace entonces bajo la égida de una larga experiencia política de su fundador, de una atenta visión sobre la realidad de la Iglesia italiana y, al mismo tiempo, de una aguda prudencia en el tratamiento con la susceptible jerarquía vaticana. El estudio constante, la moderación, la discreción, junto a una habilidad para enfocar los problemas políticos, económico-estructurales y sociales, da lugar a que Don Sturzo realice lo idealizado por Murri, sin involucrar a la Iglesia en el debate partidista o de facción. El equilibrio y la prudencia usada por Sturzo, permitió al partido ser aceptado por la curia romana y con éste, se identificarían los moderados, la clase trabajadora, la clase media en expansión, la alta burguesía cercana a los valores religiosos; en una palabra, se constituía

un partido *multiclasista*, que daba cabida a todas las clases sociales interesadas en trabajar juntas para construir el bien común social.

También en la elección del nombre del partido, Don Sturzo dio una gira ilustrada y profética, considerándolo como la síntesis nominal y el contenido del pensamiento cristiano, para definir su especificación y su personalidad, porque como el mismo afirma: “En el concepto de *pueblo* se deseó encontrar aquella integración sustancial de unidad nacional y de razón social, de libertad y de organización, de fuerza política y de valor moral, que signa las conquistas ascensionales de la historia humana, desde cuando todos los hombres fueron llamados *pueblo elegido, plebe santa, pueblo cristiano*” (De Rosa, 1992: 55).

A diferencia de Murri, Sturzo no ingresó en discusiones directas con el Vaticano, por el contrario, asumió posiciones claras y bien determinadas sobre los asuntos de la vida política local y nacional, sustentadas en estudio y análisis de los argumentos para dar la batalla política, siempre bien distinguiendo el rol del partido de la finalidad de la Iglesia. De esta manera, el partido nació aconfesional y como síntesis de la cultura social católica; generó una línea de pensamiento autónoma llamada *popularrismo*, con carácter propio e innovadora que expresaba el *quehacer* y la doctrina de los católicos en las cuestiones políticas y económicas. Precisamente Sturzo definió el popularrismo como, “(...) Escuela (la cristiano-social) contrapuesta al atomismo liberal y al colectivismo socialista, y siempre divergente en campo económico, de la corriente puramente conservadora. (...) El régimen constitucional representativo, las libertades civiles y políticas, ingresan en el sistema del popularrismo como elementos necesarios, sea como instituciones jurídico-políticas, sea como instituciones históricas, es decir, en cuanto a su adaptación a la civilización presente y a las necesidades de la vida nacional” (De Rosa, 1992: IX).

Por otro lado, Sturzo explica porque no ha usado el título de “partido católico”, en cuanto para él los dos términos son antitéticos; el catolicismo es religión, es universalidad mientras que el partido es política y significa división. Y ellos han elegido el campo de la política que tiene por finalidad la vida pública de la nación. Esto hace si, que la religión sea el espíritu vivificante de toda la vida individual y colectiva, pero esto no permite, afirma el sacerdote, mezclar las finalidades: “Transformarnos de partido político en ordenamiento de Iglesia, ni tenemos derechos de hablar en nombre de la Iglesia, ni podemos ser emanación y dependencia de

organismos eclesiásticos, ni podemos acreditar la fuerza de la Iglesia a nuestra acción política” (De Rosa, 1992: 55-56).

Don Sturzo, con su partido, acumuló rápidamente un amplio consenso entre el variado electorado católico, obteniendo el 20,5% de los votos en las elecciones nacionales de fecha 16 de noviembre de 1919 –luego de pocos meses de su fundación–, con una representación parlamentaria de 100 diputados. En 1921 alcanzó 108 diputados, convirtiéndose de esta manera en una fuerza política determinante para las futuras alianzas del nuevo sistema electoral proporcional, en la representación parlamentaria italiana.

Sin embargo, la vida política del partido de Sturzo, así como la de todas las demás fuerzas políticas en Italia, se cruzaron con el nacimiento del Partido Nacional Fascista creado por Benito Mussolini en 1921; quien, utilizando la debilidad e inestabilidad en la cual estaba el país, agotado por la crisis económica generada por los cuatro años de guerra (Primera guerra mundial), fue elegido parlamentario y, en 1922, encargado por el Rey de formar un nuevo gobierno con los votos de los católicos, aún contra la voluntad de Don Sturzo, quien hubiese preferido más una alianza con los socialistas que con el virulento partido fascista. En abril de 1923, el Partido Popular Italiano, comprendiendo el error político cometido, tomó distancia del partido fascista y ordenó a sus ministros salir del gobierno; esta situación generó una división al interior del propio Partido Popular, tanto que, un grupo de miembros decidió abandonar el partido popular para ingresar al partido fascista. En las elecciones de 1924, el partido sturziano bajó al 9% de los votos, obteniendo solamente 39 escaños parlamentarios.

A mediados de ese mismo año, después del trágico homicidio de Giacomo Matteotti, parlamentario socialista secuestrado y matado por los extremistas fascistas por haber denunciado los fraudes electorales de los seguidores de Mussolini, el Partido Popular se situó radicalmente antifascista y Don Sturzo se exiló en Londres. Muy hábilmente Mussolini logró el apoyo de los pocos militantes de derecha dentro del Partido Popular y realizó una campaña contra el sacerdote. Le atribuyó ser el elemento de obstáculo para la solución de la “cuestión romana”, tema de honor para el Vaticano, haciéndole perder el apoyo de este último y obligándolo a dejar el partido y el país. La nueva presidencia del Partido Popular pasó a Alcide de Gasperi, jefe de los diputados del mismo partido en el parlamento. Sin embargo, esta presidencia duraría poco, a causa de las

posiciones marcadamente antifascistas del nuevo liderazgo de De Gasperi. En consecuencia, el Partido Popular Italiano fue disuelto en noviembre de 1926, siendo De Gasperi obligado a abandonar la vida política al ser encarcelado.

Con la experiencia acumulada por el Partido Popular, se pusieron en marcha todas aquellas propuestas y experiencias que, entre los años 1942 y 1943 desde la clandestinidad, De Gasperi enmarca en el manifiesto político "*Ideas Reconstructivas de la Democracia Cristiana*" (*Idee Ricostruttive della Democrazia Cristiana*). Serán los lineamientos de la nueva Democracia cristiana de posguerra, heredera del Partido Popular Italiano, que dará comienzo a la historia de la Democracia Cristiana posbélica y de la "ideología" democrática cristiana internacional. Surgía así, un sujeto político nuevo, con propio carácter y propuesta cultural, económica y social, con un perfil ideal y moral muy claro, con raíces más antiguas respecto a todas las teorías políticas vigentes y como expresión de la Doctrina Social de la Iglesia, que se afirmará como proyecto político de partidos, movimientos y organizaciones con representación actual en 52 países a nivel mundial.

Consideraciones finales

En este artículo se destacan las dificultades, obstáculos y complejidades culturales y sociales, que ha encontrado el movimiento político italiano llamado Democracia Cristiana, antes de su plena afirmación en la Italia y en la Europa posbélica. Se ha realizado una sintética retrospectiva del ideario demócrata cristiano, concentrando el enfoque en los principales pioneros que lo han creado, respaldando una idea de democracia sustentada en los valores cristianos de la persona humana, de la solidaridad, de la subsidiaridad y del bien común.

Referencias bibliográficas

- Bedeschi, L. (1966). **I pionieridella D.C. 1896-1906**, Il Saggiatore, Milano.
- De Rosa, G. (1992). **Opere scelte di Luigi Sturzo. Il popolarismo**, Laterza, Roma-Bari.
- Villari, R. (1978). **Storia contemporanea**, Laterza, Roma-Bari.